

Un real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRÓNICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 4 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

CATALINA MICHELON.

I.

No lejos de la plaza de San Sulpicio, en una de las mas humildes casas de la calle Perou vivia hace algunos años una muger anciana que se llamaba Catalina Michelin y ejercia la profesion de plegadora en casa de un encuadernador, á donde todas las mañanas se dirigia muy temprano para ocupar su banquillo de pino delante de la gran mesa comun. Catalina era la mas activa y la mas hábil de las plegadoras, á pesar de sus sesenta y seis años bien cumplidos. Era preciso verla con su plegadera en la mano reducir las anchas hojas á la forma y tamaño de octavo.

De muchos años atras habian pasado por sus manos multitud de libros célebres, sin que se hubiera tomado el trabajo de dirigir sus miradas sobre sus páginas, como no fuese para comprobar la signatura. Sabido es que entre los librerros se llama signatura el número colocado al pie de la primera página de cada pliego, y que sirve para la clasificacion de los pliegos del volumen y para la comprobacion de su conjunto.

Catalina era la operaria mas puntual de cuantas asistian á la libreria. Aunque siempre llegaba la primera, salta despues de sus compañeras; sin embargo jamás entraba por las mañanas en la libreria, sin haber oido á las seis una misa rezada en San Sulpicio; cuando los trabajos del obrador la detenian hasta despues de las siete de la noche, se persignaba devotamente al oír la campana que tocaba las oraciones, rezaba una breve plegaria y volvía alegremente á su tarea.

No habia una persona en la libreria que no amase á la vieja plegadora, á quien su antigüedad, y mas todavía su carácter amable y servicial, daban una especie de autoridad sobre sus compañeras. En todos los casos difíciles se recurría á la madre Catalina Michelin, y frecuentemente mas de un buen consejo dado por ella, vino felizmente en auxilio de cualquiera de las mugeres que á su lado trabajaban. Por lo demas Catalina no se limitaba á dar consejos; si no que mas de una vez socorrió sin vacilar con su pobre bolsa á alguna vinda manesterosa, ó familia

sumida en la desgracia por una enfermedad ó por cualquiera otra calamidad imprevista.

A pesar de la bondad de su carácter y la especie de supremacia que ejercia sobre todos aquellos entre quienes vivia, comprendiendo á su mismo protector el librero, que se mostraba lleno de confianza y estimacion hácia la decana de sus oficiales, Catalina Michelin era ordinariamente de carácter melancólico, hablaba poco y no dispensaba sus palabras, como se decia en el obrador, si no para decir las cosas indispensables á la marcha del trabajo general. Muchas veces, sin pararse sus manos y sin cesar de plegar rápidamente el papel, caia en una mudificacion profunda; entuques sus miradas eran fijas, no oía cuando se le hablaba y era preciso tocarla en el hombro para sacarla de este estado; y cuando esto acontecia, temblaba de pies á cabeza, miraba á su derredor con sorpresa, como si volviera de un sueño y casi siempre enjugaba una lágrima detenida bajo su párpado.

Una mañana llegó Catalina á la libreria dos horas antes que sus compañeras; púsose á trabajar con un ardor casi furibundo, y no abandonó la plegadera en la media hora de descanso concedida para almorzar. De tiempo en tiempo levantaba la cabeza para mirar el reloj de madera que se hallaba colocado en frente de ella. A medida que avanzaba la hora, Catalina daba las señales mas visibles de turbacion y de impaciencia; su trémula mano apenas podia sostener las hojas; se temblaba, ora poniéndose pálida, ora escarada y su corazón latia fuertemente. En el momento de dar las cuatro de la tarde, se levantó brusquemente, balbuceó algunas palabras de excusas al librero, ó mas bien se escapó y salió del obrador.

Era esta la primera vez que semejante cosa acontecia á Catalina, despues de tantos años que trabajaba en el obrador de encuadernacion. Fácilmente se concibe la impresion que produciría entre las operarias una innovacion tan poco prevista; de seguro se hubieran asombrado menos de ver á las torres de San Sulpicio mudar de sitio que á Catalina salir de la libreria á las cuatro; así que hubo una ligera suspension de trabajo durante la cual cada una se entregó á todas las conjeturas imaginables.

Dos horas despues volvió Catalina, pálida y

con los ojos llorosos. Sin decir una palabra cogió su plegadera y se puso á trabajar con una actividad febril; apenas sabía lo que hacía, trabajaba maquinalmente y ni siquiera se acordaba de limpiarse el sudor que corría por su frente.

A pesar de los deseos que todos tenían de saber la causa de la repentino salida y de la emoción de Catalina, nadie se atrevió á dirigirle la menor pregunta. A la mañana siguiente se presentó en el obrador, como la vispera, muy temprano; esperó con la misma ansiedad que diecen las cuatro de la tarde y salió á la primera campanada del reloj. Cerca de las seis eran cuando volvió! Esta vez, todas sus facciones expresaban la mas viva alegría; la señajería parecia haber vuelto á la edad de veinte años; su mano temblaba, como la vispera, pero ahora era de felicidad. Cuando sonaron las oraciones rezó su plegaria mas larga que de costumbre, y pronunció algunas palabras en voz alta sin aperebirse de ello. Al mas alto punto fué excitada la curiosidad general, y todos sentian vivos deseos de preguntar á Catalina Michelon; pero nadie se atrevia. Sin embargo, una plegadora vieja y mas intrépida que las demas, se aventuró á hacerla la siguiente maliciosa pregunta:

—Se podría saber, señora Catalina, de que medio os valeis para hacer vuestra tarea faltando tanto tiempo del obrador?

—De un medio muy sencillo, viniendo dos horas antes que las demas, contestó Catalina con un tono que no admitia otras preguntas.

A pesar de esta emborazada reconvenccion, Catalina Michelon continuó saliendo todos los dias á las cuatro de la tarde, excepto cuando habia mal tiempo. Los dias de lluvia ó de frio, hacia vanos esfuerzos por ocultar la tristeza que la abrumaba. Cuando el cielo se mostraba dudoso, consultábale sin cesar con la vista, se animaba al ver un poco de azul brillar al traves de las nubes, y se desconsolaba si el sol desaparecia de nuevo. Hizo mas; compró un barómetro, que colgó en un rincón del obrador y al cual consultaba con el dedo cada vez que los deberes de su profesion la obligaban á levantarse. Como era de esperar, este barómetro llegó á llamar la atención general; era una especie de distraccion para aquellas mujeres sujetas á un trabajo asiduo. Todas se dedicaron á estudiar las menores variaciones del instrumento meteorológico; cuando subia ó bajaba la aguja se apresuraban á noticiarlo á Catalina, la cual ó se regocijaba ó se afligia con estas variaciones.

Entretanto la salida cotidiana de Catalina, á una hora fija habia pasado al estado de costumbre, y la costumbre habia enervado la curiosidad en términos que nadie se acordaba de verta salir y entrar á la misma hora todos los dias. En muchos de ellos, sus mismas compañeras la avisaban que iban á dar las cuatro, le alargaban su chal y se marchaban. Esta salida fija de todos los dias y á la misma

hora no era el único cambio ocurrido en la manera de vivir de la vieja plegadora. Vestíase ya y aun adornábase con mas esmero, poniéndose la ropa que comunmente reservaba para los domingos y dias de fiesta. Un chal de demasiado valor para una vieja que ganaba treinta sueldos por dia, vino á enriquecer su guarda ropa; en fin recopiló á su papalina de tul que formaba su tocado ordinario con un sombrero de velo. Por lo demas nadie pensó sacar de estas innovaciones sentimentales consecuencias deshonrosas ó ridiculas para Catalina. Lo único que hicieron las curiosas plegadoras fué preguntarse sonriendo silba á casarse su compañera; pero sin que ninguna de ellas creyese por un momento en la realizacion de semejante broma. De esta suerte pasaron ocho meses.

Un dia no pareció en el obrador la vieja plegadora, y entonces si subió de punto el asombro general, por que nadie la igualaba en exactitud. Despues de muchos comentarios y preguntas reciprocas, principiaron las inquietudes y las zozobras, y se decretó por unanimidad que una de las aprendizas fuese á casa de Catalina Michelon á fin de averiguar el motivo que la habia impedito asistir al trabajo, eligiéndose para esta comision á una de las mas jóvenes que se llamaba Juana, y que era la favorita y ahijada de Catalina.

La jóven mensajera volvió muy pronto, toda azorada, diciendo que la vispera por la noche se habia caido en la calle Catalina y se habia roto una pierna, de cuyas resultas se hallaba en cama gravemente enferma; que en la actualidad tenia calentura y su estado inspiraba serios temores.

Unánime fué el sentimiento que produjo entre todas las operarias semejante noticia, y con el sentimiento del mismo maestro se dirigieron todas en masa á casa de la enferma. Juana no habia exagerado nada; Catalina tenia la pierna derecha rota, y el medico no parecia muy tranquilo con las consecuencias de este accidente. Llegó precisamente en el momento en que las compañeras de Catalina invadían tumultuariamente el cuarto de la enferma; por cuya razon las detuvo en el umbral. les esplicó los graves inconvenientes que podria causar á la enferma tanto ruido y emoción, y las invitó á que déjasen su visita para mas adelante cuando el estado de la enfermedad lo permitiese.

—La única cosa que puedo permitir, concluyó, es que por turno venga cada una á pasar el dia y la noche al lado de la que parece con razon inspiraros tanto interés; aun seria preferible que una sola se encargase de este cuidado, por que de este modo le seria mas facil seguir los consejos que yo daré para asegurar la cura de vuestra amiga.

Inmediatamente se pusieron á deliberar las plegadoras en la misma meseta de la escalera, y como era natural, cada cual queria ser la elegida. Despues de largos debates y discusiones en voz baja, se designó para desempeñar las funciones de enfermera de Catalina Michelon, á la

hermano Juana, á quien segun hemos dicho, profesaba Catalina gran afecto, y á quien habia sacado de una situacion miserable para darle colocacion en la libreria. Juana pues, largamente instruida sobre el modo con que habia de cuidar á Catalina, permaneci6 sola al lado del médico que disolvió la asamblea deliberante. Esta sin embargo volvió á renunciar en la calle, si bien con el designio de suplicar al encuadernador que anticipase á Catalina en caso de necesidad la suma necesaria, para que de nada careciese hasta lograr su curacion; y ademas se resolvió que una hora de trabajo extraordinaria indemnizase todos los dias de este anticipo al librero.

Durante este tiempo Juana se instaló al lado de Catalina, que por el pronto no reparó siquiera en la presencia de su protegida; esta despidió á la asistenta que se habia llamado en el momento de la ocurrencia y se sentó al lado de la cama en que la enferma inmóvil, parecia sumergida en un estupor profundo, del cual no salió hasta la hora en que acostumbra á salir de la libreria para dar su paseo misterioso; entonces abrió los ojos, levantó la cabeza y miró al rededor con cierto aire de asombro; después haciendo un esfuerzo que despertó los dolores de su herida y le arrancó un gemido, pareció en fin acordarse de todo. Una lágrima corrió por sus mejillas arrugadas.

—Vamos, vamos, ánimo señora Catalina, dijo Juana que sentía tambien sus párpados humedecidos, y cuya voz revelaba su emocion; ánimo, el médico me ha prometido que vuestra cura no será larga y pronto os podreis levantar.

—Pronto? repitió Catalina animándose; pronto, díces la verdad, Juana? no me engañas? me díces la verdad?

—Si señora, contestó Juana inquietándose un poco al ver el rostro de la enferma cubrirse de un vivo rubor y sus ojos animarse con el brillo vidrioso que caracteriza la fiebre; si señora, os digo la verdad, pero tranquilizáos! tranquilizáos!

Catalina dejó caer de nuevo su cabeza sobre su almohada murmurando:

—Pronto! pronto! díces la verdad?...

Los pronósticos del médico eran demasiado exactos, durante ocho dias permaneci6 la enferma entre la vida y la muerte; el delirio no la abandonó un instante en toda esta larga y peligrosa crisis. En medio de las palabras incoherentes que la fiebre arrancaba á su boca, pronunciaba sin cesar el nombre de Julieta; creia ver á la misma á quien nombra: la llamaba, la hablaba y le dirigia las espresiones mas tiernas.

Una semana entera transcurrió sin que viese Juana la menor mejoría en el estado de su enferma: nada bueno podia anunciar á la diputacion de la libreria que venia todas las mañanas y tardes á preguntar por el estado de Catalina. La misma Juana interrogaba sin cesar al médico, y este solo contestaba con un suspiro y meneando suavemente la cabeza. En fin transcurrida esta ligu-

bre semana, despues de haber consultado el pulso de la enferma, dijo el médico á Juana que quera leer su pensamiento en sus ojos:—Espero que la salvaremos.

Juana escribió inmediatamente esta feliz nueva á sus compaÑeras, y no vaciló en tomar de los fondos confiados á su cuidado por las plegadoras, la enorme suma de 25 céntimos, que dió al hijo del conserje, para que llevase la carta á la libreria.

El médico no se habia equivocado; la fiebre habia perdido su intensidad, el delirio no volvía á aparecer y la postracion se dispó poco á poco. Cada dia se notaba una nueva mejoría; una mañana se incorporó Catalina en su cama con gran alegría de Juana. Pasó por su frente sus manos descarnadas y pareció hacer un esfuerzo para coordinar sus ideas y sus recuerdos.

Miró á su alrededor, reconoció á Juana y se sonrió.

—Cuanto he sufrido esta noche! dijo, y que larga me ha parecido con sus sueños penosos y su terrible fiebre!

Juana no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa.

—Una noche, señora Catalina! una noche! Pronto cumplirán diez dias que habeis estado luchando con la enfermedad.

—Diez dias! exclamó Catalina, diez dias! Oh Dios mio! Dios mio! Luego no habeis querido permitirme que la salve... vamos, Juana, vamos, continuó con estremada agitacion; dadme la que es necesario para vestirme. Dios mio, que no llegue demasiado tarde!

Pero agotada por este esfuerzo volvió á caer, el sudor bañaba su rostro y sus manos tumbaban convulsivamente.

—Calmáos, calmáos, madrina mia, contestó Juana asustada por la agitacion que habian causado sus palabras imprudentes; tranquilizáos en nombre del cielo!

—Te digo que es menester que salga ahora mismo, replicó Catalina levantándose; es menester que la salve si es tiempo todavia.

En este momento llegó el médico; trató de tranquilizar á la enferma y hacerla comprender la imposibilidad de dejar la cama. En fin, no viendo en la perseverancia de Catalina en querer levantarse mas que una obstinacion propia de los años, le dijo con voz firme:

—Necesitais guardar cama lo menos dos meses enteros; sino mostrais resignacion y ánimo no respondo de vuestra cura.

—Y qué me importa mi cura? qué me importa mi vida? exclamó; daria todo lo que me queda de existencia por una hora, por una sola hora de libertad.

Este estado de agitacion no duró largo tiempo en la enferma; dos ó tres minutos despues de la exclamacion, volvió á caer Catalina en el estupor de que la habian sacado poco antes las imprudentes palabras de Juana. Esta esperaba ver todavia

reaparecer el delirio, como se lo había anunciado al retirarse el médico, sumamente disgustado de la agitación febril de la enferma. Pero cuál fué su sorpresa, cuando dos horas después, Catalina que parecía sumergida en una meditación profunda le hizo señas con la mano para que se aproximase á la cama.

—Escúchame bien, hija mía, dijo modulando su voz de modo que no la fatigase y pudiese llegar al cabo de lo que iba á decir; escúchame bien Juana: atravesarás el Luxemburgo: te dirigirás á las berjas que dan á la calle de Enfer y que dejan ver con facilidad los jardines de que se halla rodeado el Jardín Real. Por entre los árboles de estos jardines distinguirás una casita con una escalinata y dos estatuas de mármol blanco. Van á dar las cuatro, te sentarás detras de un árbol corpulento, desde donde podrás mirar sin ser vista. Los arbustos espesos impiden observar nada en este jardín, escepto sin embargo desde el si-

lio que te indico, desde donde podrás distinguir perfectamente las personas que salen de la casa, que entran en el jardín y se pasean por él. Así que te repito, hija mía, que te sientes detras del árbol gordo; pero házlo sin afectación y no mires sino á hurtadillas; á las seis vendrás á contarme todo lo que hayas visto y oído.

—Pero cómo queréis que os deje sola durante dos horas? replicó Juana temiendo que hubiese dictado el delirio semejantes órdenes.

—Escucha, interrumpió Catalina, sino me obedeces, te juro que me arrastraré como pueda hasta allí, aunque me cueste la vida.

Después de nuevas observaciones de Juana y de nuevas instancias por parte de Catalina, fué preciso que la jóven se prestase á obedecer. Catalina la repitió las instrucciones que ya la había dado, hizo que se arreglase un poco sus vestidos y no descansó hasta después de haberla visto salir.

(Se continuará.)



LA CAMPANA DE MOSCOU.

Tienen los rusos á las campanas una veneración que puede llamarse pasión singular. Pocas iglesias se ven en aquel país que no posean muchas y muy hermosas colocadas en campanarios separados de ellas. Las campanas las tienen fijas á una viga, de manera que no pueden voltearse como las de

nuestras torres, sirviéndose para localas de una cuerda que las hace oscilar y por consiguiente producir sonidos. Una de las más notables que poseen es la que existe en la iglesia de San Ivan en Moscou; pesa ciento catorce mil libras y solo se toca en las más grandes solemnidades; pero aun poseen otra mucho más extraordinaria, que pesa cuatrocientas treinta mil libras.

Esta monstruosa campana se halla en un profundo foso, en el centro del famoso palacio de Kremlin que se alza en el centro de la ciudad. La campana existe aun hoy en el mismo agujero en que la fundieron, y no está colgada en ningún campanario, porque les sería á los rusos mas fácil el intentar suspender un navío de guerra artillado y con toda su tripulación.

Habiendo estallado un incendio en Kremlin, devoraron las llamas las estancias superiores á la en que se halla la campana, y habiéndose esta caldeado, el agua que le cayó de la empleada para cortar el fuego, produjo la rotura que tiene aun hoy en su base. Nuestro grabado dá una idea bastante exacta de su monstruosa mole, y de la escalera que hay practicada para descender á la cavidad que ocupa, pudiendo decirse que es una verdadera montaña de metal. Afírmase que entre los metales que la componen se halla en grandes proporciones el oro y la plata.

En los días de fiesta acuden los rusos á visitar esta campana con tanta devoción como si fuera una iglesia. La base de ella está dos pies enterrada en el suelo; pero al nivel de este tiene de circunferencia cerca de sesenta y siete pies. Su altura es de veinte y six espesor de veinte y tres pulgadas.

No se fija con exactitud la época en que se fundió, pero si hemos de dar crédito al autor de un viaje por Rusia, de cuyo libro hemos tomado estos apuntes, la supone en 1685, aunque las tradiciones del país, en cuyo apoyo se hace mérito de la figura de muger que está representada en la superficie de la campana, la remontan al reinado de la emperatriz Ana, que sucedió á Pedro el Grande en 1725.

Esta campana es sin contradicción la mas grande y la mas pesada de todas las que existen, y es tal la superstición del pueblo ruso, que no se atrevería el gobierno sin esponerse á una revuelta, á convertir en objetos artísticos ó de utilidad pública aquella enorme masa de metal.

UNA CARESTIA EN PALERMO.

Desde la antigua Roma hasta nuestros días, cada país ha tenido sus tribunos. El Capitolio se acuerda todavía de Cola de Rienzo, y Gante no ha perdido la memoria de Juan Van Artevelde.

Palermo, como los demas ha tenido su tribuno, llamado José de Lisi.

Era este un jóven de buena presencia, de imaginación apasionada, de corazón fogoso, lleno de ese entusiasmo y de ese fuego que debe el hombre á las primeras creencias, á esa época feliz de la vida en que la fría experiencia no ha tenido aun tiempo de helar todas las ardientes y santas ilusiones.

Cuando el pueblo tiene hambre es menester que coma. Por mas que un gobierno proteste de

su amor hácia él, por mas que le haga entretener cosas pomposas para reducirlo á la calma, al silencio, y por mas que le prometa, en premio de sus privaciones, la libertad, palabra mágica, espejo continuo de la multitud, fruta de Tántalo que no prueba jamás, el pueblo espera dos días, una semana; pero en fin, cuando siente su estómago enteramente vacío, se reúne el día ménos esperado en una plaza al lado de un granero lleno de trigo, pide pan, y si no se lo dan, acaba por tomarlo de las mesas reales, dentro de los mismos palacios, cuyas puertas rompe en uso de su derecho: por que despues de todo, á pesar de las razones políticas, es menester que el pueblo coma.

Pero precisamente esto es lo que no comprendió, ó no quiso comprender el virey español don Fernando Velez, que por sus continuas dilapidaciones, y sus espartaciones de trigo siciliano, acabó por causar tal carestia en Palermo, que apenas lo hubiera ocasionado igual un bloqueo de dos años.

El pueblo tuvo toda la paciencia que pudo, pero exasperado al fin, oyó los consejos de rebelion y se reunió en actitud hostil en la plaza mayor de Palermo.

Allí, un jóven, José de Lisi, se subió sobre un poste, arengó con calor á la multitud, le habló de emancipacion de la tiranía española, lo inflamó, lo exaltó y se puso á la cabeza para marchar al palacio del virey.

Apoderáronse los amotinados del palacio; el virey y las tropas españolas tuvieron que evacuar la ciudad, y Lisi se preparaba ya á proclamar una autoridad nueva, la autoridad del pueblo. La nobleza, justamente alarmada, se reunió á los restos del ejército español y marchó contra los descontentos.

Pronto todas las calles de la ciudad se transformaron en campos de batalla y se disparaba desde los balcones, desde las ventanuas, desde los tejados, por todas partes.

Lisi animó á los sublevados con sus palabras y con su heroísmo, hallándose siempre á la cabeza cuando era preciso marchar, y en el punto de mas peligro cuando era preciso combatir.

El pueblo, ya vencedor, iba á incendiar el palacio del virey, cuando Lisi fué herido en el corazón y cayó en medio de los suyos gritando todavía: *Muerte al tirano! pan, pan!*

El pueblo amotinado necesita de un gefé; muerto Lisi, la multitud se dispersó delante de la nobleza y le abandonó su triunfo.

Pero, por mas que se diga, siempre se gana con enseñar los dientes á la tiranía.

Aterrado don Fernando con esta terrible lección y temiendo que fermentase mas en los ánimos la levadura revolucionaria, dió el pan que habia negado, aligeró los impuestos y logró que se hendirera mas tarde el poder que tanto se habia aborrecido.



EL MORSO.

Impropia mente llamado *caballo marino*, porque se asemeja mas y puede decirse con mas propiedad que es un elefante de mar; y porque mientras que no presenta casi ningun punto de contacto con el caballo, se parece extraordinariamente al elefante en lo enorme de su mole, en el espesor de su piel, la configuracion de sus pies, el marfil de sus colmillos, y tambien por sus costumbres esencialmente dulces y sociables. El parecido seria exacto si no careciese de trompa.

Todas las especies de ambibios viven con preferencia en alguno de los dos elementos. El del morso es el agua, donde se maneja con toda su fuerza y agilidad. En tierra es pesado, perezoso sus movimientos y parece como espatriado. Al menor asomo de peligro se lanza al mar.

Antes que les persiguiesen los hombres se encontraban frecuentemente morsos en las orillas del golfo de San Laureano; pero en gran número; muchas veces en tropas de cuatrocientos ó quinientos; mas ahora solo se ven en la costa del norte de Labrador, en la habia de Hudson y en algunos sitios de las islas Magdalenas.

Cuando el morso ha adquirido todo su desarrollo suele pesar de cuatro á seis mil libras, y suele haberlos de mas de veinte pies de longitud.

La carne del morso es de un gusto insapor-

table y despid e un olor pestífero. El deseo de cazarlos es por el marfil de sus colmillos y el aceite que se extrae de su cuerpo. Uno de estos animales de dimensiones regulares puede producir hasta mil libras, y sus colmillos, que pesan de tres á seis, son de un marfil superior, particularmente los mas gruesos que por su mayor densidad son mas apreciados.

Generalmente se creia que se alimentaban de mariscos y plantas marinas; pero ya está demostrado que tambien devoran á los peces pequeños, y que sobre todo son muy aficionados á los arenques.

En el verano cuando son mas fuertes los calores acuden los morsos á las riberas y se duermen sobre las rocas; siendo esta la ocasion que aprovechan los cazadores para cogerlos. Estos cuando los ven en esta disposicion, procuran interponerse entre ellos y la mar, y les hostigan pinchándolos á fin de alejarlos lo posible del agua, internándoles tierra á dentro. Cuando los tienen á la distancia que les conviene, comienzan con formalidad el ataque y si tienen la fortuna de matar á los que figuran en primera linea, caen todos en su poder, porque son demasiado pesados para volver al agua, teniendo que salvar el obstáculo que les oponen los cuerpos de sus compañeros. No siempre tampoco consiguen los cazadores facilmente la victoria, porque cuando los morsos se sienten heridos suelen oponer una re-

sistencia desesperada, acometiendo á derecha é izquierda todo lo que alcanzan sus colmillos; pero lo que hay de mas cierto, es que cuando ven inevitable su muerte lanzan gemidos dolorosos. Tambien se aman singularmente entre sí, y mientras combaten se ayudan unos á otros acudiendo en socorro de los que caen heridos, ó de aquellos que se ven espuestos á mayor peligro.

Fuera del caso de defensa, no acomete nunca el morso al hombre y solamente huye al divisarlo.

Los rusos habian casi abandonado la caza y pesca de los morsos por que les producía poco; pero de algunos años á esta parte han vuelto á emprenderla con mas ardor y buen éxito.

LOS GRANADEROS.

En Francia fué donde tuvo origen la institucion de los granaderos; dándoles el nombre de *muchachos perdidos*, á estos escogidos soldados que empleaban en los puestos avanzados y en pequeños cuerpos que hacian marchar á la cabeza de las columnas de ataque. Igualmente eran los destinados á despejar el camino de los convoyes, y á dar los primeros el asalto á una plaza. En 1357 época de la invencion de las granadas, se les proveyó de este mortifero proyectil, y en 1667 fué cuando tomaron el nombre de granaderos y dotaron con cuatro á cada compañía de infantería.

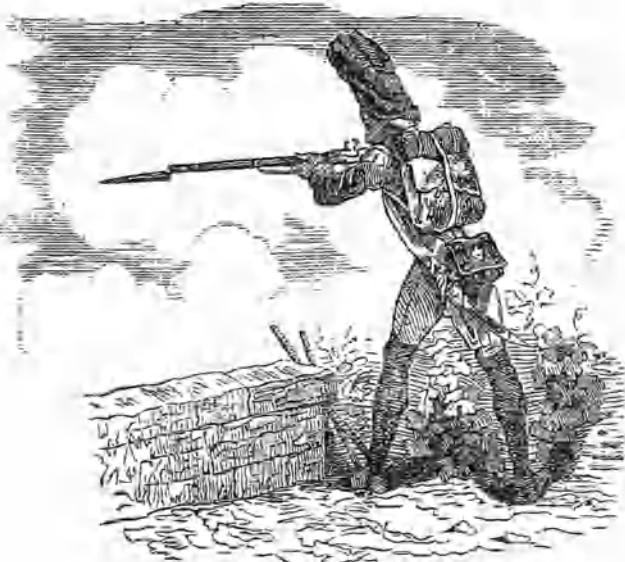
En tiempo de los primeros granaderos, iban estos armados de una hacha, un sable y una *granadera*, especie de bolsa de cuero para llevar doce ó quince granadas. Las granadas eran de á 4 de calibre, pesaba cada una dos libras proxímanamente y se les prendía luego con una mecha.



Granadero de 1667.

Algun tiempo despues se formó para cada regimiento una compañía de granaderos; andando el tiempo se formaron tambien regimientos completos armados como el resto de las compañías del ejército; es decir que no llevaban granadas de mano como en la época primitiva de su institucion. Todas las naciones de Europa han ido imitando sucesivamente á la Francia en la creacion de estos soldados.

Ahora ponemos bajo la inspeccion de nuestros lectores al granadero del año de 1812; al granadero, tipo de los que en sus legiones, llevaba Bonaparte, y cuyo valor asombró á las naciones y dejó en casi todas ellas recuerdos mas ó menos funestos.



Granadero de 1812.

Geografía del reino vegetal.—Se tiene calculado que en Spitzberg, que se halla situado cerca del vigésimo grado de latitud norte, no se encuentran mas que 50 especies de plantas vegetales diferentes; en la Laponia que se halla bajo el 60.º hay próximamente 545; en Islandia, que se halla á los 63.º hay 535; en Suecia que se estiende desde la parte meridional de la Laponia se cuentan 1500; en el Brandeburgo, entre los 52.º y 54.º 2000; en el Piemonte, entre los 45.º y 46.º 2800; en la Jamaica, entre los 17.º y 19.º 3000; en Madagascar, que se halla bajo el trópico de Cáncer, entre los 15.º y 14.º pasan ya de 3000.

Valor del agua.—En el desierto de Azacod, se ven dos monumentos cuyo origen está explicado en los epitafios grabados sobre el mármol de que están contruidos. Estos sepulcros encierran las cenizas y consagran la memoria de dos hombres que murieron en aquel mismo lugar; el primero es el de un poderoso comerciante; el segundo el de un simple conductor de camellos. El comerciante compró á su humilde compañero la cantidad de una copa de agua por la exorbitante suma de diez mil ducados; pero este sacrificio fué inútil porque la cantidad de líquido no era bastante para satisfacer la imperiosa necesidad de la sed; el conductor tampoco poseía mas que otro tanto, y de consiguiente los dos sucumbieron despues de haber celebrado un negocio tan singular.

—Una deplorable fatalidad ha llegado de aflicción últimamente á los habitantes de una reducida aldea de las cercanías de Louçiers. Trabajaba en el campo un padre con su hijo, jóven de diez ó doce años; y fuera por desobediencia de este, porque no ejecutaba con exactitud lo que aquel le mandaba ó por un desastroso impulso de cólera, fué el hecho que le tiró una herramienta que dándole en la cabeza lo dejó muerto en el acto. Sobrecojido por la desesperación corrió á su casa y refirió á su muger la desgracia que acababa de ocurrirle. La desgraciada madre tenía en sus brazos otro hijo pequeño que alimentaba con la leche de su pecho, y lo dejó en la cuna con la esperanza de versi llegaba ánn á tiempo de sócorrer al otro desgraciado. Pero ah! la noticia era demasiado exacta! sus brazos no tenían ya mas que un cadáver.

Durante su corta ausencia, había entrado en la casa cuya puerta había quedado abierta, un puerco que había volcado la cuna y devorado parte de los miembros de la infeliz criatura.

Cómo describir el dolor y la angustia de la pobre madre? al cebar su mirada sobre aquel espectáculo cayó al suelo desmayada sobre el inanimado cuerpo del hijo que sustentaba en sus brazos, y sobre algunos destrozados miembros del otro, restos deplorables del festín del inmundo animal.

Últimamente cuando volvió de su parasismo, fué para llorar una lúgubre desgracia. Víctima de su desesperación, su marido se había ahorcado.

COMUNICADO. Don José Tomás, escultor de cámara de S. M., nos ha dirigido una atenta carta, invitándonos á que rectifiquemos lo que respecto á la construcción de las esculturas que adornan la fuente monumental de la plaza de Oriente, dijimos en el número 7 de nuestro periódico, pues su delicadeza no le permite que se le atribuya mas parte en la ejecución de estas obras, que la que realmente ha tenido. Ignorando nosotros los pormenores que el señor Tomás se sirve poner en nuestro conocimiento, nos limitamos en el artículo que publicamos con el título de *El jardín de la plaza de Oriente*, á designar los artistas á cuyo cincel se debían las bellas esculturas que adornan la fuente monumental que se ha erigido delante del real Palacio.

Aplaudiendo nosotros, como debemos, la escasa delicadeza del señor Tomás, acordamos gustosos á la rectificación que solicita, manifestando, que aunque por real orden de 15 de setiembre de 1842, se encargaron por mitad todas las obras de escultura que se han colocado, inclusa la restauracion y colocación de las 40 estatuas colosales que forman la primera élipse, á don Francisco Elias y al expresado don José Tomás, como únicos escultores propietarios de la real cámara, el señor Tomás no tiene mas parte en la referida fuente que la estatua del Rio que mira á la puerta del Principe del real Palacio, pues por haber perdido la salud y ausentádose de Madrid para restablecerla, cedió á su compañero el señor Elias las obras que le correspondían; y aun cuando á su regreso, pudo continuarlas y concluir las para el tiempo presijado, no lo verificó á causa de no habersele permitido por razones que respeta é ignora, quedando don Francisco Elias exclusivamente encargada de ellas.

TEATROS. En el del Circo se ha puesto en escena el *Hernani*, ópera en cuatro actos, que ha obtenido un éxito brillante, y su desempeño ha sido de lo mejor que hemos visto en este teatro en la presente temporada. También ha sido aplaudido en el del Principe el drama titulado *la Infanta Galvana*, que se ha puesto en escena á beneficio del señor Garcia Luna. En la próxima semana principiarán en la Cruz las representaciones de ópera con la *Lucrezia Borgia* del maestro Donizetti.

LICEO. La sesión del jueves estuvo concurrida y animada como siempre. Se ejecutó por la seccion dramática la comedia titulada *la Moza de Cantaro*, y la pieza á lo *Hecho pecho*.

PALACIO. En esta semana han dado SS. MM. una gran comida de cien cubiertos; para el mes próximo se disponen algunos conciertos, á cuyo fin se está habilitando el gran salon de Embajadores.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.

Calle del Sordo num. 11.